

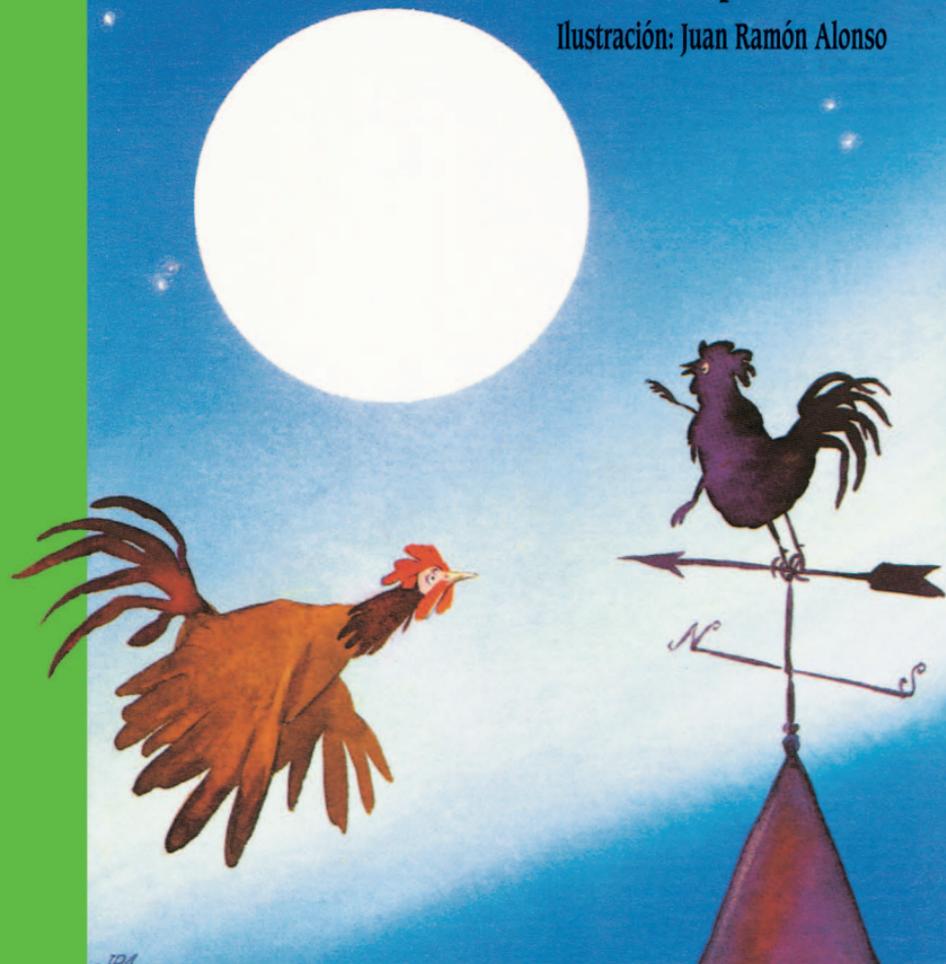


E L D U E N D E V E R D E

AVENTURAS DE PICOFINO

Concha López Narváez

Ilustración: Juan Ramón Alonso



ANAYA

© Del texto: Concha López Narváez, 1994
© De las ilustraciones: Juan Ramón Alonso, 1994
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 1994
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, marzo 1994
23.ª impresión, abril 2014

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-667-7794-0
Depósito legal: M. 41142-2011

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



EL DUENDE VERDE

Concha López Narváez

AVENTURAS DE PICOFINO

Ilustración: Juan Ramón Alonso

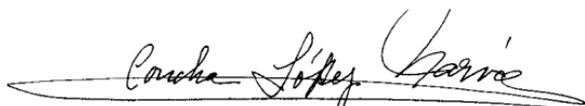
Q U E R I D O L E C T O R

Aquí estoy de nuevo contigo. Esta vez te he traído a Picofino, un gallo que vivía con su madre y sus hermanos en el patio de una granja. Un día se fue por el mundo y corrió muchas aventuras. Él no quería marcharse; pero tuvo que hacerlo, ya sabrás el porqué cuando leas el libro.

Al principio Picofino estaba triste y asustado; sin embargo el mundo le gustó: aprendió muchas cosas y conoció a mucha gente por los caminos del aire. ¿No te he dicho todavía que era un gallo volador? Por eso los pájaros le... Ah, no, aún no puedo contártelo. Lo que sí puedo contarte es que tuvo que pasar por grandes peligros y se vio metido en bastantes líos; pero acabó pasándoselo muy bien. Recorrió, o ¿sería mejor decir «revoló»? el campo entero, fue a la ciudad, y un día volvió a su casa. Las gallinas se asustaron, todas menos Carolina, que era hermana de Picofino. Cuando Carolina lo vio llegar por el aire, sus plumas temblaron de emoción y de alegría.

En fin, querido lector, ahora yo me voy y te dejo con Picofino y sus amigos. Espero que lo pases bien, diviértete y no olvides que el mundo de los gallos no es tan diferente del de las personas; en uno y en otro hay seres pequeños y asustados que, si se esfuerzan, aprenden a ser felices.

Hasta siempre.

A handwritten signature in black ink, reading "Concha López Narváez". The signature is written in a cursive style and is underlined with a long, horizontal stroke.

*A Juan Ramón Alonso, ilustrador
y amigo, que con sus dibujos
enriquece las palabras.*

1

PRESENTACIÓN

¿QUIÉN soy yo?

Yo soy Picofino, un gallo que va por el mundo corriendo aventuras.

Nací en una granja; pero un día me marché de casa. No fue por mi gusto. Tuve que escaparme.

Estaba delgado, tenía pocas fuerzas, la cresta muy pálida y las plumas cortas.

En resumen, era feo y débil. No servía de jefe en el gallinero.

Por ese motivo la mujer granjera me quería guisar.

Mi madre lloraba.

Mis hermanos estaban muy tristes. Me decían: «Lo siento» o «Qué mala suerte». Todos, menos Carolina.

Carolina dijo:

—Llorando no se arregla nada. Mejor es pensar.

Pensamos; pero no tuvimos muy buenas ideas.

Un hermano dijo:

—¿Y si le ponemos mil plumas de pájaro tapándole el cuerpo?

Eso no servía. Me estaban pequeñas, y, si hacía viento, se despegarían.

—¿Y si le pintamos la cresta de rojo? —preguntó otro hermano.

Esa idea tampoco era buena. Seguiría delgado, y, cuando lloviera, se despintaría.

Y después soplaron dentro de mi pico.

Me querían inflar lo mismo que a un globo. Dijeron que así engordaría.

Solo engordó el buche.

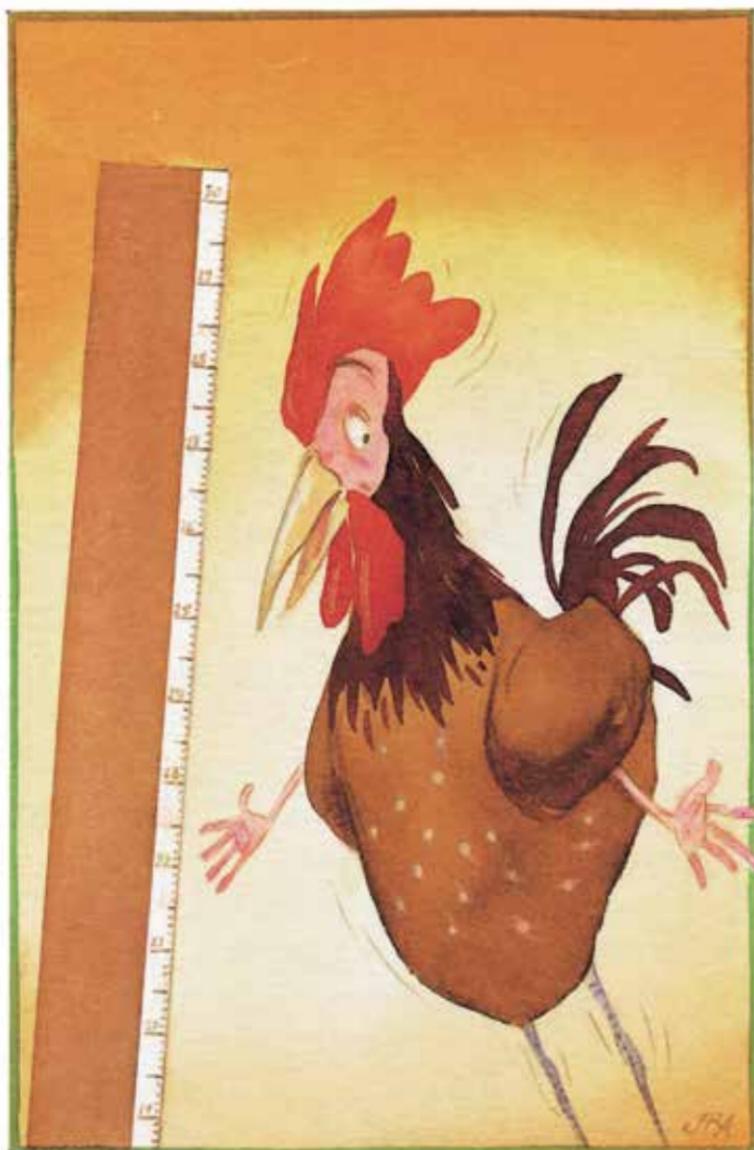
¡Qué molesto era!

Además estaba muy raro con el buche enorme y el cuerpo pequeño.

Y, de pronto, Carolina dijo:

—¡Ya está! ¡Ya lo tengo!: le enseño a volar y luego se escapa.

Carolina volaba muy bien. Era su afición.



Cada día volaba dos horas seguidas. Era una gallina fuerte y deportista.

Pero yo tenía un miedo terrible a subirme al aire.

—Me voy a caer, es que soy muy torpe —le dije.

Ella se enfadó.

—¡Que yo no te oiga decir que eres torpe!

—Pero soy delgado.

—Pues mucho mejor, el aire te lleva sin ningún esfuerzo.

—Pero ¿y si me escapo y luego me pierdo?

Carolina se enfadó otra vez:

—¡Tienes que escaparte! Te van a guisar. ¿Es que no lo entiendes?

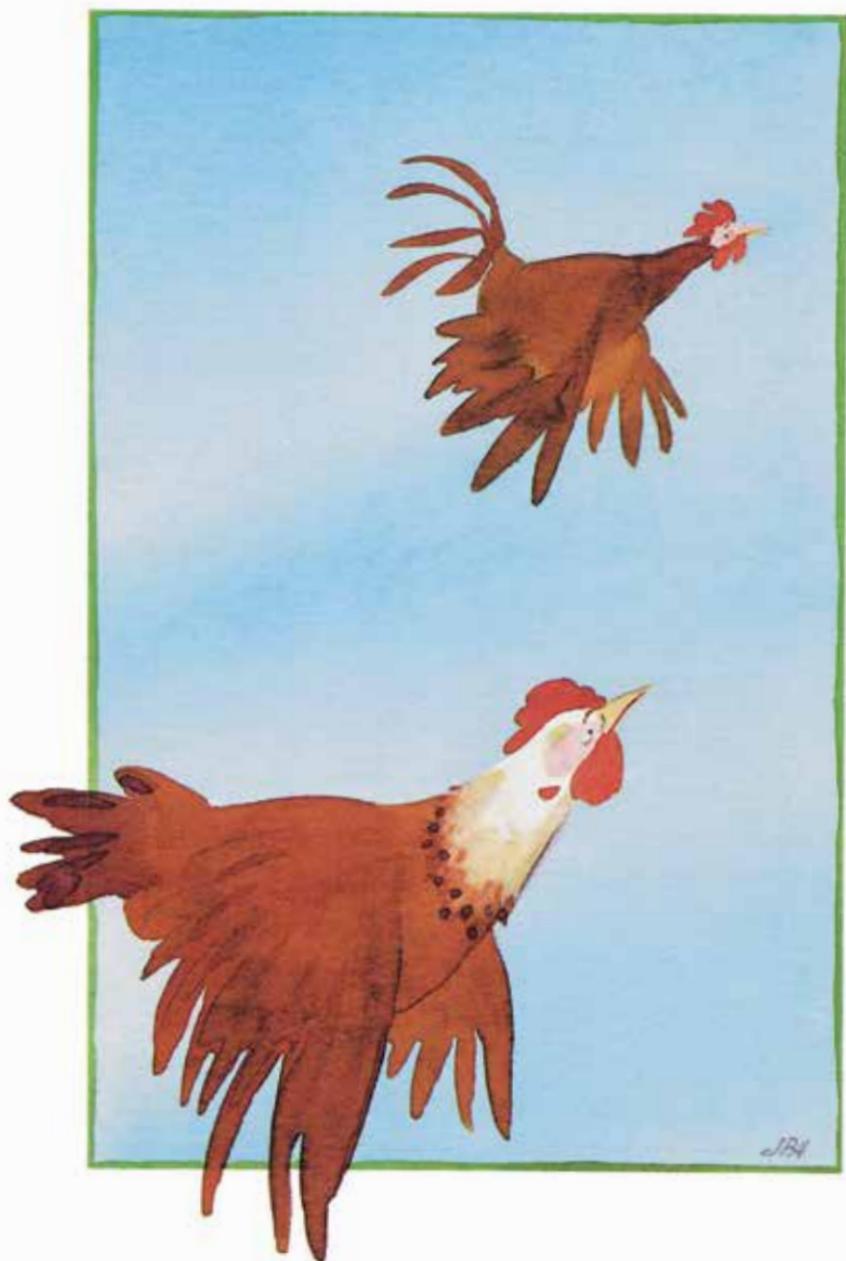
Mis plumas temblaron. Sí que lo entendía.

Carolina olvidó su enfado y dijo con voz de cariño:

—Venga, Picofino, vamos a volar. Ya verás, es fácil, y además es muy divertido.

Enseguida empezó a enseñarme.

Tenía razón, era muy sencillo: se daba un saltito, se encogían las patas, se movían las alas, y el aire empujaba.



Volamos muchos días seguidos. Primero muy bajo y luego más alto. Y me fue gustando.

Hacíamos carreras con los gorriones. Nunca les ganábamos, pero nos reíamos.

Carolina dijo que era un buen alumno.

Por fin, una tarde subimos al muro que guardaba el patio en el que vivíamos y miramos fuera.

Fuera estaba el campo. Era enorme y verde. Lo encontré precioso.

—Carolina, me voy a ser libre, ¿te vienes conmigo? —le dije.

Pero ella me dijo:

—Debes irte solo.

—Y entonces, ¿quién me va a cuidar?

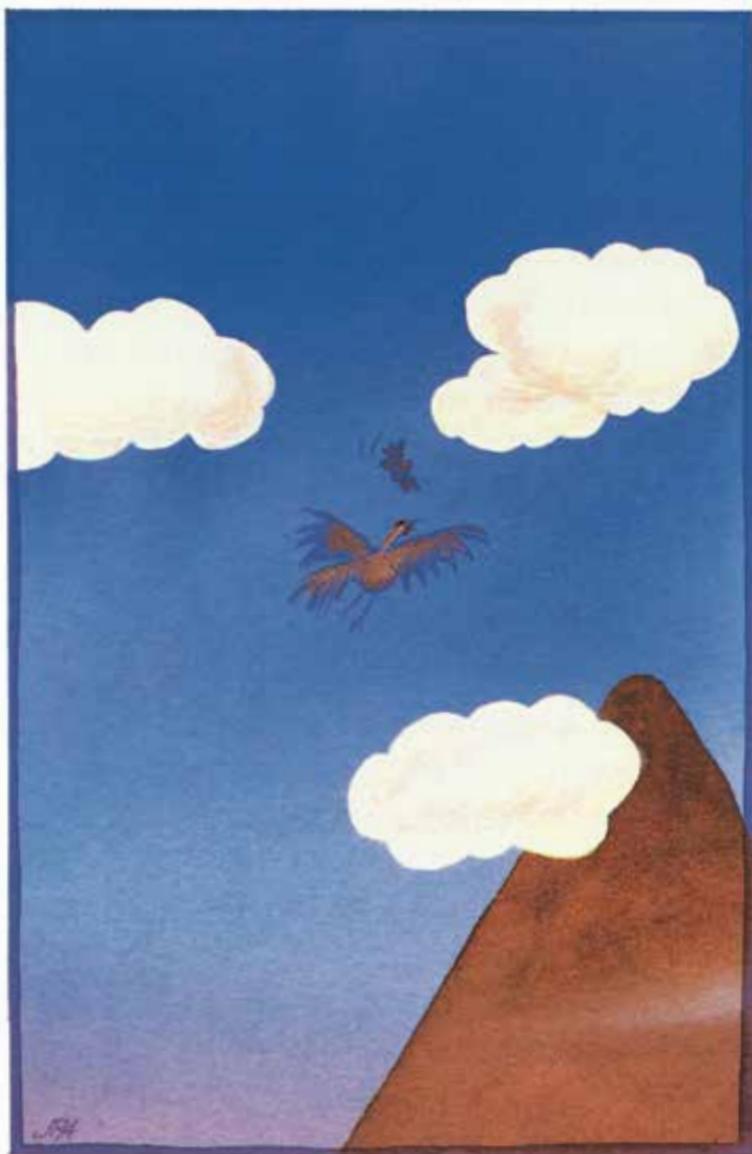
—Picofino, si me voy contigo y te cuido siempre, nunca serás libre.

Comprendí que tenía razón, y me despedí.

—Adiós, Carolina.

—Adiós, Picofino; te gustará el mundo.

Después juntamos las alas, nos dimos un beso y levanté el vuelo. Mientras me alejaba sentía por dentro un nudo de miedo y de pena.



Pero no quería que ella lo notara. Por eso fingí que me iba contento.

En el mundo vi flores y árboles; vi pájaros y vi mariposas, y otros animales que no conocía.

Además vi prados enormes, y algo muy extraño: ¡un charco muy largo que estaba corriendo!

Lo miré asombrado.

—¿Qué haces con el pico abierto y cara de bobo? —me preguntó un pájaro.

—Pues miro a ese charco que corre.

—Estás despistado. Es un río y no un charco. ¿Qué tiene de raro que los ríos corran?

¡Un río y no un charco! ¡Y los ríos corrían! Era interesante.

Y, de pronto, otra vez el pico se me abrió de golpe:

¡Delante tenía un montón de tierra que llegaba al cielo!

—¿Qué miras con el pico abierto? —preguntó otro pájaro.

—Miro al montón de tierra que roza las nubes. Estaba pensando que lo habrá forma-



do muchísima gente con mucho trabajo y mucha paciencia.

El pájaro se rio de mí:

—¿Tú de dónde sales? A los montes no los forma nadie, nacen ellos solos. En el mundo hay miles.

Repetí tres veces la palabra monte. No quería olvidarla.

Y después pensé que ya había aprendido varias cosas nuevas y que ir por el mundo era emocionante.